

Los Relatos Póstumos de Adolfo Couve

POR IGNACIO VALENTE

CUANDO pienso en mi falta de cabeza pasa por ser la última "novela" de Couve, cuyo subtítulo (*La segunda comedia*) la asocia a su gran novela anterior, *La comedia del arte*, de la cual podría parecer incluso una especie de continuación. Ninguna de ambas cosas es exacta. Más que una novela (o *nouvelle*) que continúe otra novela, este libro es un conjunto de relatos fragmentarios y más bien discontinuos entre sí: miniaturas que brotan de la primera *Comedia* como subproductos, ecos más o menos fantasmagóricos, episodios derivados, réplicas que se dirigen ahora hacia el más allá.

Tras escribir sus novelas más intensas —y la *Comedia* lo fue en alto grado—, Couve solía quedar por bastante tiempo sin poder tomar la pluma (sin poder leer siquiera): necesitaba recuperarse. Entre *La comedia del arte* —un magno esfuerzo creativo— y su trágica muerte, es decir, durante el tiempo de redacción de este libro, se diría que no estuvo en posesión de sus plenas energías (lo que hace aún más conmovedora esta obra final). No tiene sentido, por lo tanto, pedirle lo que se le pediría a sus obras más plenas. Tiene sentido, sí, intentar su no fácil comprensión, y desde luego la celebración de sus calidades póstumas, intermitentes pero muy efectivas.

¿Qué liga estos relatos a la novela anterior? Por de pronto, los personajes, y en primer lugar Camondo, todo un arquetipo; luego otros seres —otras máscaras— menores: Marieta, Aosta, Bombillín, Sandro. A continuación, la mitología: esta obra enlaza, en su punto de partida, con el

castigo de aquellos dioses del Olimpo en versión de balneario modesto: Cartagena, escenario que también se repite, al menos en parte. La categoría antropológica y mítica de lo venido a menos se prolonga, en *La segunda comedia*, bajo la forma de lo raído de esas vidas mínimas; y, mucho más radicalmente, en la persona de Camondo, bajo la misteriosa forma de la *Falta de Cabeza*: Camondo descabezado inicia su descenso a los infiernos: ¿emblema, síndrome, fábula, cábala, enigma, sueño, premonición, mito, juego, patología, paradoja? Seguramente un poco de todo esto, y también mucho más.

Este nuevo ámbito narrativo, esta nueva atmósfera de aquelarre, de sueño o de locura, esta nueva forma literaria, representan la antípoda de ese "realismo" de Couve, que ya en *La comedia del arte* quedara desahuciado en favor de un

modo más libre y suelto de narrar, y que ahora da paso a lo grotesco, a lo fantasmagórico, a lo mortuorio y casi postmortuorio, a lo espectral en los bordes mismos del averno (sobre todo en las partes primera y tercera, protagonizadas por Camondo), sin perder por eso algunas dimensiones verosímiles y casi picarescas —y muy bien logradas— de la Cartagena de siempre (sobre todo en la segunda parte).

En su lúcido prólogo, anota Adriana Valdés —glosando una observación de Victor Hugo—, que lo grotesco aparece aquí como el duelo por lo sublime (por la imposibilidad o el fracaso de lo sublime). Tal vez podría añadirse, en la misma línea, que lo fantasmagórico es aquí el duelo por la imposibilidad de lo real, de la realidad y del realismo; y que lo fúnebre o mortuorio es el duelo por la imposibilidad de la vida.



En estas páginas hay muchas calidades diseminadas, algunas de ellas a la altura del Couve anterior. Destaco, de la primera parte, el primer episodio: Camondo, sin cabeza, en una sacristía encuentra cierta solución: un viejo hábito de San Francisco, que con su capuchón en sombras le completa la apariencia (¡fantasmal!). En la segunda parte subrayo la excelente historia de una cincuentona, la Negra, que en un circo pobre inicia su renacer carnal y vital; y también el sortilegio del espejo de Marieta, que ahora, en nuevas manos, sigue reflejando el dormitorio de su antigua dueña. En la parte final, es memorable el episodio de la sonámbula, una muchacha bellísima que, en un contexto de poderosa irrealidad, quiere hacerse retratar a toda costa por el fracasado artista que es Camondo.

Las fantasmagorías de este tipo suelen bailar en la cuerda floja de la arbitrariedad, de lo gratuito y simplón. Adolfo Couve tiene el talento necesario para ser coherente en medio de lo onírico, lo diabólico, lo espectral, y de enviarnos desde el corazón de ese reino un mensaje extraño, incómodo, profético y entrañable como su propio genio y figura hasta la sepultura.

**CUANDO PIENSO
EN MI FALTA
DE CABEZA (La
Segunda Comedia)**

Adolfo Couve
Editorial Seix Barral,
Santiago, 2000,
115 páginas.

